

Ej. 1
77 IL 64 5-045201

15 de Abril de 1918.
TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre. 54.

ANATOLE FRANCE.

NOTICIA.

Anatole-François Thibault, conocido mundialmente por Anatole France, poeta, novelista y crítico, miembro de la Academia Francesa, es uno de los más deliciosos narradores y el maestro indiscutible de la prosa francesa contemporánea.

Nació en París el 16 de Abril de 1844, en el *quai Malaquais* número 19, en casa que estuvo en el sitio donde hoy se levantan las construcciones nuevas de la Escuela de Bellas Artes.

Su padre, Noel Thibault, ultramontano de temperamento dulce y amable, hombre de gusto y de disciplina monárquica, fué guardia de corps de Carlos X, tenía una tienda de libros raros y firmaba trabajos de bibliografía: *France, ancien libraire*. Tal es el origen del pseudónimo adoptado y hecho célebre por el hijo.

Su madre lo hacía leer cuentos religiosos y vidas de santos, "infundiéndole el encanto de existir en otra alma; enseñándole que la dicha está en el sentimiento y que los cuentos de las nodrizas valen bien las historias de los eruditos: su hijo la hubiera traicionado no siendo poeta." Estas lecturas le suscitaron emulación intensa y cierta vez, en su candor infantil, influido por las vidas de San Simeón Estilita, San Nicolás de Patras, etc., buscando la santidad dióse al ayuno, impro-

visó un cilicio y quiso hacer práctica de ascetismo bajo el cedro de Libano del Jardín de Plantas, provocando grave asombro en sus padres que, no explicándose la extraña conducta, con reproches lo apartaron de tan santo camino. En verdad, *La Leyenda Dorada* y la *Imitación de Cristo* «le hicieron conocer la nada de las cosas humanas, sin inspirarle la fe en las cosas divinas.»

A la tertulia paternal concurrían amigos bibliógrafos en su mayor parte, amantes de cosas antiguas, y legitimistas suspiradores del antiguo régimen, que cultivaban, cuidadosos, en expresiones y maneras, la elegancia discreta de la corte, y que al examinar las colecciones que de documentos de la Revolución infatigablemente reunía Noel, comentábalos «haciendo pasara los revolucionarios sus malos cuartos de hora.»

Desarrollado en medio semejante, hojeando añejos libracos y viejas estampas, y escuchando tan doctas conversaciones, adquirió desde temprano su fundamental amor por los libros, así como el hábito y el gusto del pasado, llegando hasta concretar su primer ideal literario en escribir algún día una Historia de Francia en cincuenta volúmenes.

Su niñez transcurrió tímida, solitaria y contemplativa, nimbada y estimulada por precoces sueños de gloria. Vagabundeaba por los barrios, hartándose los ojos de paisajes parisinos y explorando la ciudad en la que ya Carlos V veía un mundo. «Soy Parisiense con toda mi alma y con toda mi carne, escribe, y de París conozco todas las lozas y adoro todas sus piedras.»

En el Colegio Stanislas, dirigido por jesuitas, completó su educación. Fué allí alumno indócil a la disciplina establecida, «no turbulento sino soñador y distraído por sus lecturas,» y al azar de su fantasía y al instinto de su gusto, desde las Humanidades reveló ardor iconoclasta, prefiriendo en sus aficiones de na-

ciente helenista, a los decadentes griegos y a los suaves poetas de la Anthología, sobre las glorias encasilladas en los programas escolares y en la admiración general.

Y así como Pasteur fué reprobado en Química, el futuro escritor de elegancia insuperable, al presentar sus ejercicios de lenguaje, fué tachado por su «falta de gusto.» Salió del Colegio, sin embargo, alcanzando brillantemente el bachillerato.

Algunos años felices y meditativos pasaron todavía antes de que el hombre de letras iniciase su carrera, complementando entretanto sus estudios en la Escuela de Cartas y en las peculiares y revueltas colecciones que al aire libre ofrecen los libreros de los muelles del Sena, a la curiosidad de los paseantes. Pero fué sobretudo bajo la influencia de Étienne Charavay, amigo de infancia, como France adquirió erudición vasta, sólida y exquisita.

Sus verdaderos maestros han sido el siglo XVIII francés, la Grecia pagana y de modo principal la alejandrina, Roma en su parte espectacular más que en su parte ideológica, y Renan, Renan y Renan.

«Anatole France es el hijo de Renan, del que Le-maitre es el mono,» dice con acierto y gracia Bernard Lazare. Su excepticismo sonriente es el del gran bre-tón, pero tiene además sensualidad diferenciadora y escribe mejor: al autor de la *Vida de Jesús* solían escapársele «pesadeces de filosofía alemana y locuciones de periódico.»

El estilo de Anatole France es de maestría total. Límpido, sobrio y preciso, con poca variedad de léxico, posee una sintaxis de intuición genial en el hallazgo de las bellas formas y de las rítmicas combinaciones. Todo lo expresa o todo lo sugiere, así sea un ténue matiz del espíritu o una vasta complejidad de la acción. Siempre con suavidad y siempre sonriendo, sin

perder su tono discreto, enemigo de la declamación y de la tirada, suscita a veces las ideas más audaces y los pensamientos más demoledores. "Todo, escribe Rodenbach, lo profiere a media voz, aunque audazmente, con recaídas de ironía para templar la severidad alternándola con una sonrisa, y también con urbanidad perfecta: condescendencia mundana habituada a no insistir. Pero la audacia de las ideas no disminuye al envolverse. Y hay muchos argumentos para una revolución social en estos libros de gracia noble que sonríe."

Para mí, en ocasiones, la imagen sintética de la obra de France es como una bomba de dinamita, encerrando un corazón y forrada de piel de Suecia. Lleno de contrastes, es a la vez un corruptor y un educador. muy hondo y muy ligero, sólido y frívolo, sabio y diletante, con aristocracias que van hasta la "torre de marfil" y con piedades que llegan hasta el socialismo extremista. Pero siempre hay en él un arte supremo, total, hecho de armonía poderosa y de gracia cintilante, y que todo lo refracta con magnificante sencillez.

Raro y considerable, conservándose puro hijo de Francia hasta la *gauloiserie*, ha sorbido a través de los pezones de la loba, soma ancestral de las liturgias indias y vino alucinante de los lagares griegos.

Dice Fernando Greghe: "Cuando el Francés sea lengua muerta, los niños traducirán fragmentos de France, como nosotros tradujimos el *Sueño* de Luciano de Samosate. ¿No es France una especie de Luciano, polígrafo, burlón y artista como él? Es un Luciano francés, un Luciano de París, un Luciano Bergeret. Su estilo merecería estudio aparte. Los Marty-Lavaux del futuro se lo consagrarán. Tendrá su léxico como Juan Racine. Será un gran clásico. Nunca se escribió mejor francés. Ni en el siglo XVII ni en el XVIII. Es la perfección. Es un estilo que aprovecha gracias anticuadas,

que gusta de viejas expresiones y que a veces sonríe de ser un *pastiche*. *Pastiche* del siglo XVIII, del siglo XVII y aún del XVI o más lejano. Todas las letras griegas, latinas y francesas se hallan en ese estilo tan unido, sin embargo, tan fundido y tan liso como bronce que fuese ligero. Sabe decirlo todo con las viejas palabras de Fenelon y de Voltaire, sin "goncourtismo", sin "escritura artista", sin aparente esfuerzo. Parece que todos podrían escribir así. Tal es la marca de las más bellas formas".

En 1866 France entró activamente en el movimiento intelectual de la época. Amistades literarias le dieron acceso a las reuniones del editor Lemerre, que en aquel tiempo acogía al grupo de jóvenes que debían constituir el Parnaso, bajo la dirección cesárea de Leconte de Lisle.

Victor Hugo, por entonces, acaparaba imperialmente con su genio casi toda la gloria literaria, provocando reacción natural entre cierta parte de la juventud, noblemente deseosa de crearse personalidad propia lejos de la imitación romántica. Se era, pues, hugófobo, y las tendencias tenían que ir en contraposición a las desarrolladas por el desterrado de Guernesey. A la cabeza de esta rebelión antihuguiana se hallaban tres poetas admirables: Teodoro de Banville, Leconte de Lisle y Carlos Baudelaire.

Catulle Mendes ha sintetizado este movimiento: "Se sentían devorados por la necesidad de no parecerse a Victor Hugo. Y trataron de diferenciarse de él por la elección de los asuntos, por evocaciones de leyendas y filosofías inmemoriales y exóticas, y por la tendencia a singularidades sentimentales. Evitaban las rimas huguianas y, sin inquietarse de la semejanza con Dante o Petrarca, con Villón o Ronsard, ya lejanos, usaron los tercetos, el soneto, los pequeños poemas de forma fija, las estrofas breves y singulares de la Pléyade."

de, que Hugo no había usado. Y porque el Padre, sin acordarse del prefacio de las *Orientales*, se había dado a la política; porque había querido que su genio poético propagase también su ideal social, se tuvo como excelente reagentar la cuestión del arte por el arte. Y frente a Victor Hugo, los poetas puros no tuvieron más cuidado que la manifestación del propio talento, ni más fin que la belleza por la belleza. Y aquí tuvieron por aliado al irreprochable Tëofilo Gautier".

Catulle Mendes aconsejó a Xavier de Ricard, que editaba un nuevo periódico: *L'Art*, transformarlo en semanario dedicado exclusivamente a la publicación de poesías. Aceptada la idea, nació el *Parnaso Contemporáneo*, *recueil des vers nouveaux*, con título propuesto por Mendes y acogido contra la opinión de Leconte de Lisle que lo juzgaba absurdo. El nombre del periódico fué extendido más tarde a sus redactores a quienes se denominó *parnasianos*.

France tenía afinidades con ellos a los que después se unió íntimamente. La amistad con el Pauvre Lelien fué alguna parte en esto. Cuenta Verlaine que hacia 1865 tuvo su primera entrevista con Anatole France en la casa de Destailleurs, amigo de clase, y en compañía de Edmundo Lepelletier, y que allí France los cautivó estableciendo un paralelo simpático entre Alejandro Dumas padre y Lamartine, "esos dos fáciles y esos dos ignorantes". La simpatía así nacida se robusteció en frecuentes reuniones de la Marquesa de Ricard y en las soirées de Nina de Callias. Y France ha trazado en el *Lys Rouge* una conmovedora silueta de Verlaine, en el bohemio Choulette.

Cuando France fué admitido en el cenáculo hermético de los parnasianos, se le acogió a guisa de aspirante y no se le consideró redactor activo sino muy después. Colaboraba entonces, juntamente con Verlaine, en otra revista literaria de tendencias semejantes

y que también editaba Lemerre; la *Gazette rimée*, dirigida por Victor Lazarche. En ella France, todavía con su verdadero nombre de Anatole Thibault, publicó las poesías alegóricas *Dionisio de Siracusa* y *Las Legiones de Varus* (alusión a la expedición de México) que eran diatribas veladas contra Napoleón III. Intervino la censura y el editor se vió obligado a suspender en definitiva la Revista. Esta actitud de fronda se apaciguó por el momento, pero más tarde resurgirá en los discursos de propaganda cívica con que Anatole France se ha acercado al Pueblo.

Otra colaboración que tuvo en la época fué para *Le Chasseur bibliographe*, escribió crónicas de teatro y en el último número, al lado de un artículo de Adolfo Racot sobre los parnasianos, publicó un bello poema de refinada evocación antigua, anticipo de una de sus célebres novelas, y que no volvió a editarse; principiaba así:

En ce temps là vivait une femme au pays
Des égyptiens, belle, et qu'on nommait Thais.

La fama esplendorosa del prosador ha relegado injustamente la obra poética de France. Hay en ella páginas de antología, deliciosas de cinceladuras y de pensamiento, y supo encontrar una belleza noble en formas puras, dignas de André Chenier. France, poeta, es de los mejores parnasianos.

Su fórmula que es también la del Parnaso, está compendiada en un estudio que sobre Alfredo de Vigny publicó en 1868. "La Poesía moderna, dice, tan flexible y tan verdadera, no por eso deja de ser excesiva y violenta: su fuerza esplende en el esfuerzo y no como querían los griegos, en la serenidad y en el reposo. Esta belleza tranquila de los Helenos Alfredo de Vigny la conoció y amó. Los espíritus groseros que no ven la pasión mas que a través de las contorsiones y de

los gestos que arranca a los débiles, sólo estos espíritus que Vigny desdeñó hasta el olvido, son los únicos que pueden tomar la calma del poeta por insensibilidad." Fiel a esta doctrina, su estilo poético es de "mármol blanco." Junta la dulzura pagana con la dulzura cristiana, como observa Jules Tellier.

Ha publicado en varias ediciones dos volúmenes de versos: *Poèmes dorés* y *Les Noces Corinthiennes*.

Leconte de Lisle vió estas obras con indiferencia y hasta con altivo desdén. El papa desterrado, como lo llamó Paul Bourget, no toleraba que France, careciendo de lirismo por compleción intelectual, se apartase un poco de las fórmulas litúrgicas y de los cánones infalibles que el maestro predicaba; y así comenzó la enemistad sorda que hubo entre ellos. Posteriormente, ocupando France un empleo en la Biblioteca del Senado, Leconte, que era el sub-bibliotecario, hizo pesar sobre el discípulo rebelde toda su autoridad de "pastor de elefantes" obligándolo a la dimisión y salvándolo del apoltronamiento abajador que siempre trae la burocracia. Al ingresar Leconte de Lisle en la Academia Francesa, France publicó un artículo relativo en sus crónicas literarias del *Temps* y vino la famosa reyerta. El tono del cronista era respetuoso, pero con golpes de ironía, y el maestro se disgustó. Se cambiaron y publicaron cartas de espíritu violento; interesóse el público, y el resultado de la contienda fué que France ascendiese de golpe, ante la opinión literaria, hastalascimas de honor de la alta crítica.

Dos poesías: *La Part de Madeleine* y *La Danse des Morts* fueron el primer aporte de France para El Parnaso; a causa de la guerra franco prusiana, se publicaron en el segundo tomo hasta 1871. En 1876, en la misma revista, aparecieron *Las Nupcias Corintias*, marcando tal fecha el comienzo de la especialización de France como prosador.

Lemerre, que en las discusiones de su librería pudo apreciar la finura de juicio y la erudición delicada de France, quiso aprovechar tan raras cualidades y le encargó la edición de varios clásicos: Racine, Molière, Saint-Pierre, Lesage y otros. France escribió prefacios para esas ediciones incomparables en los que afirmó su celebre manera de hacer crítica que había de imponer desde las columnas del *Temps* en la serie de artículos que constituyeron *La Vie Littéraire*. Tuvo también el encargo de revisar los manuscritos presentados a Lemerre para su publicación, y esta difícil tarea, que duró poco, le trajo innumerables enemistades de los autores rechazados.

La crítica de Anatole France es característicamente personal, impresionista, subjetiva. Como buen discípulo de Renan, sobre todo del Renan de la última manera, con Paul Desjardins y con Jules Lemaitre, se ha colocado en los antipodas del dogmatismo. Es famosa su doctrina muy rudamente combatida por Ferdinand Brunetiere. "No hay crítica objetiva, como no hay arte objetivo, y todos los que se jactan de poner en su obra algo impersonal, son víctimas de la filosofía más falaz. La verdad es que nadie sale nunca de sí mismo, lo que es una de nuestras más grandes miserias. Qué no daríamos por ver el cielo y la tierra durante un minuto, con las facetas del ojo de una mosca, o por comprender la naturaleza con el cerebro rudo y simple de un orangután. Pero esto nos está prohibido. Estamos encerrados en nuestra persona como en una prisión perpetua. Lo que mejor podemos hacer es reconocer de buen grado tan triste condición y confesar que hablamos de nosotros mismos cada vez que no tenemos la fuerza de callar. Según yo la entiendo, la crítica es, como la filosofía y la historia, una novela para uso de espíritus sagaces y curiosos, y toda novela, entendiéndola bien, es una au-

tobiografía. El buen crítico es el que cuenta las aventuras de su alma en medio de las obras maestras."

Con tales ideas de puntas paradójicas y discutibles sin duda, pero acompañadas de un gusto finísimo y de una erudición que tiene la coquetería de aparecer siempre ligera, France llega en muchos juicios hasta lo definitivo. Los artículos reunidos en *La Vie Littéraire* son peculiarmente representativos de su manera ondulante y de la flexibilidad ubérrima de su espíritu. Ciertamente es que en ocasiones por amor al pasado olvidaba el presente, "disertando sobre Kadmos cuando jóvenes tumultuosos imploraban consejo sobre el tiempo contemporáneo"; pero también es verdad que alentó innovaciones y audacias que le parecieron fecundas, y así fué de los primeros en elogiar y proclamar a Jean Moreas, constituyéndose, al hacerlo, en "lanzador" del Simbolismo.

Fué enemigo de los naturalistas y combatió a Zola. Se pretende, escribió, que la novela naturalista es una literatura basada sobre la ciencia. En realidad reniega de ella, la ciencia que no conoce más que lo verdadero, y el arte que no conoce más que lo bello. En vano arrastra de éste a esa, su deformidad. Uno y otra la repudian. No es útil y es fea... ¿Valdría el arte lo que cuesta si no sirviera para sembrar la vida de sombras encantadoras?

Volvió después sobre esta crítica y en discurso pronunciado ante la tumba del novelista, juzga su obra laudatoriamente, la encuentra de grandeza sólo comparable a la de Tolstoy, y acaba diciendo que Zola fué un momento de la conciencia humana.

Las novelas de Anatole France son en su mayoría librescas; resultado natural en esa vida de erudito y de "benedictino socarrón", pasada en su mejor parte en la "ciudad de los libros". Y a esto se deben de modo principal su carácter y su originalidad. Pero no por eso

la vida refluye en ellas con intensidad menor. Silvestre Bonnard, Mr. Bergeret, Jerome Coignard, son tipos que conquistarán, con su realce, reverencias futuras.

France se aleja de la novela novelesca, y desarrollando argumentos sencillos y tramas de escaso interés, ha creado lo que podría llamarse novela de aventuras intelectuales, en la que el mayor encanto es literario e ideológico, teniendo, sobre todo en los cuentos, caracteres de verdaderos poemas en prosa. Y de aquí que las transcripciones teatrales del *Lys Rouge* y del *Affaire Crainqueville* no hayan acrecido al autor la gloria que le dieron en su forma original.

Sin olvidarse de la sociedad moderna, hay otras que tienen sus preferencias: ha reconstruido maravillosamente el Egipto de Thais, la Alejandria de las Eneadas y de los extásis, con su cortejo de ascetas y de hagiógrafos, de cortesanas, de esclavos y de mártires: ha dilacerado sutilmente el espíritu del cristianismo ingenuo de los monjes medievales y la pasión tumultuosa y flameante de los hombres del Renacimiento; el siglo XVIII francés le abrió ampliamente el *boudoir* de su libre inmoralidad, impregnado con el polvo de arroz de su elegante y flexible pensamiento; y la magna Revolución no le ha ocultado un sólo grito trágico, un sólo apetito feroz o un sólo estado de alma crepitante y anheloso. Ha paseado sus ojos por la Historia, con profundo sentido de las diferencias, y sacudiendo en soplo creador y psicológico, el ramaje secular con que la Humanidad cubre las horas, ha desprendido de él frutos vivientes de olvidadas bellezas. "¿Y no es feliz instinto, dice, el que impulsa al poeta a países lejanos y hacia edades remotas? Ahí encuentra el misterio y la rareza de que tiene tanta necesidad, pues no hay poesía más que en lo que no conocemos. No hay poesía más que en el deseo de lo imposible o en el sentimiento de lo irreparable".

Estos altos quilates culminan en los cuentos, obras maestras que se disputarán las Antologías del porvenir, "semejantes a la escultura antigua y cuya perfección de líneas rivaliza con la pureza de su materia".

La filosofía que Anatole France pone en su expresión estética de la vida, no puede sistemarse. "He sido sincero hasta el candor, escribe. Decir lo que se piensa es un placer costoso, pero demasiado vivo para que yo renuncie a él jamás. En cuanto a hacer teorías es una vanidad que no me tienta".

Su concepción del mundo es pirronista. Todo pasa, todo cambia, todo se escurre. Las calidades de las cosas no son más que apariencias y las cosas mismas no son mas que ilusión. La verdad es inasible; ya ha dicho un viejo poeta griego que las mentiras nos agitan al azar. Las cosas no son sino lo que se ve de ellas y todo es relativo. Lo que es bueno para uno es malo para otro. La vida es un espectáculo, y la conciencia un reflejo de los fenómenos sucesivos que constituyen el mundo. Y en este torbellino de imágenes sin significación, en este vórtice de apariencias sin substancia, "la virtud consiste en escoger las más inofensivas y la dicha en seleccionar las más bellas." Nada es verdadero, nada existe en sí, pero qué importa. ¿A qué desesperarse de no conocer nada si nada hay por conocer? Frente al nihilismo universal hay que tomar al mundo "con ironía y con piedad; una, sonriendo, nos hace la vida amable, otra, llorando, nos la hace sagrada," y las dos nos llevan a la tolerancia. Y así France, resucitando la vieja filosofía de Pirrón y de Epicuro, a través de Montaigne y de Renan, ha escrito en libros de perversidad seductora el manual del perfecto escéptico, Biblia moderna de la incredulidad.

Pero él mismo llega a dudar de su duda, y sonríe de su escepticismo para no caer en inacción meramente

contemplativa y atrofiante. Ya había dicho en un verso admirable:

Si tu gardes ta foi, qu'importe qu'elle mente?

Después añadirá: "Cualquiera que sean nuestras dudas filosóficas estamos obligados a obrar en la vida como si no dudásemos. Al ver que una viga le va a caer sobre la cabeza, Pirrón se hubiera echado a un lado, aunque pensara que la viga fuese una vana e ininteligible apariencia; pues habría temido naturalmente, tomar con el golpe la apariencia de un hombre aplastado.... ¿Se necesita obrar? Sin duda que se necesita. Las primeras palabras que en el segundo *Fausto* pronuncia el hombrécillo que el fámulo Wagner acaba de crear en sus retortas, son: "Debo obrar, puesto que existo." Se puede vivir sin pensar. Es generalmente así como se vive. No resulta por ello gran daño a la República. Al contrario, la Patria tiene necesidad de la acción diversa y armoniosa de todos los ciudadanos. De actos y no de ideas es de lo que viven los pueblos."

Y no se arguya contradicción; no habla un filósofo sino un poeta "lo que es otra cosa y vale más." Ha preguntado su camino a todos los que sacerdotes o sabios, hechiceros o filósofos, pretenden conocer la geografía de lo desconocido; y nadie pudo indicarle exactamente la buena vía. "Es por lo que, concluye, la ruta que prefiero es aquella en que los olmos se elevan más frondosos hacia el cielo riente. El sentimiento de lo bello me conduce y ¿quién está seguro de haber encontrado mejor guía?"

Hoy el maestro ha vuelto su fecundo otoño hacia el pueblo; hacia el pueblo que "tiene luces que sobrepasan a las de los sabios; que elabora la fe del porvenir; que esboza confusamente el signo de la religión

nueva; y crea lo divino con paciencia augusta y con la lentitud de las fuerzas naturales."

Anatole France es de los que sueñan en la Ciudad Futura, en la Ciudad en que reinará la Libertad verdadera, la que no tiene otra libertad enfrente de ella; patrimonio de un mundo purificado por el Dolor, engrandecido por la Concordia y redimido por la Justicia. Sueño de Bueno, sueño de Poeta, sueño de Sabio, seguramente realizable. Ya el maestro puso en los labios de Athenea este apotegma de esperanza: Lenta-mente, pero siempre, la Humanidad realiza el sueño de los sabios.

Abril de 1918.

ALFONSO CRAVIOTO.

EL CANTOR DE KYMÉ

ADVERTENCIA

Se ha intentado pintar en este cuento el alma de uno de esos viejos aedas que compusieron los cantos, mucho tiempo dispersos, cuya reunión formó la ILIADA.

La vida de tales cantores era dura y su pensamiento sencillo. El cuidado de procurarse sustento ocupaba solo casi todas las horas de sus días. No imaginaban nada más bello que preparar una comida. En la época en que vivían, se ignoraba el arte de hervir los alimentos en una marmita. Los caballos se aprovechaban para el tiro, pero no se sabía montarlos.

Un aeda no conocía la escritura. No había visto nunca un cuadro o una estatua. Por eso comparaba una joven hermosa con un palmero. Sin embargo, era de raza ingeniosa y sensible a la belleza.

Semejante humanidad tan lejana, no puede aparecerse más que, por el esfuerzo de una imaginación crítica, en una obra de arte y casi de adivinación.

El autor siente la debilidad de este cuento. Ha tratado al menos, de ser sencillo y fácil. Evitó las palabras sabias. Dice: el CANTOR, no el AEDA, la SALA y no el MEGARON, etc. El aeda que ha que-